

Paris 5 de Noviembre de 1888.

Servicio de la prensa española.

Redac. y Admón.:
17 y 19 rue Maubeuge.
Paris.

Suplemento.

Jumario: "El día de los muertos y los cementerios parisienses" por St. Vinardell. = "Un Drama en tiempo de Catalina II" (continúa?) por el príncipe Lubomirski. = "Hlas de mariposa" por D. R. Glemander. = "Miscelánea" -

El Día de los muertos y los cementerios parisienses.

Un culto de los parisienses, escéptico, - una fiesta pagana. - Las antiguas y las nuevas necrópolis. - París y los muertos.

En este día en que se conmemora a los Muertos, en París menos que en ninguna otra parte, pueda aplicarse el verso del poeta

L'oubli c'est une fleur qui pousse sur les tombes.

En efecto, sábese que París, con ser el pueblo más burlesco y el más escéptico de la tierra, es entre todas las ciudades del mundo la q.^a consagra con más fervor un culto predilecto por la memoria de sus muertos.

El parisismo, a pesar de las imágenes de horror que le rodea de q.^a el dogma cristiano ha rodeado a la muerte, se la representa sonriente y dulce.

Las familias, en traje de fiesta y como si se tratara de ir a complimentar en vida a los seres que les son más queridos, suben en masa a los cementerios, llevando sendas provisiones de coronas de siemprevivas y las flores, todas q.^a han podido escurrir de los contornos, esas flores pálidas y enfermas - pero flores, al fin - que tienen como escritas en sus corolas la imagen rutilante de los últimos estertores del estío y los primeros helados soplos del temprano invierno.

Allí se reúnen los amigos y los deudos, los parientes y los afines, alrededor de las tumbas de los ausentes, entre millares de arbutos y laberintos de flores que han convertido aquel fúnebre lugar en

espléndidos vergeles; todo el mundo se cree allí en su propia casa; chárlese dulcemente; cada grupo se ocupa del ser querido cuyos restos guarda la silenciosa y evanescente sepultura; se reproducen historias del pasado, y el muerto, por tal modo y en tal forma resucitado, revive en la memoria de todos en los menores detalles de su vida; recógense los hechos más insignificantes de su pasada existencia, y en un momento se hace la biografía y a la vez el elogio del difunto, como si la posteridad les hubiera reunido adrede para juzgarle y pronunciar sobre sus cualidades la última y definitiva sentencia. Digámoslo de una vez: es más bien una visita q.º se hace a un pariente o a un amigo a quien no se ha visto durante el breve lapso de doce meses, q.º una peregrinación de carácter esencialmente fúnebre, como lo son, por ejemplo, las visitas q.º hacen a sus muertos queridos en el día de Difuntos nuestras austeras familias católicas de España.

En la Edad Media, el Osario de los Inocentes era el punto más alegre de Paris. En él se daban cita y se apretaban, por decirlo así, vendedores y marchantes de todas clases, escritores públicos, jugadores de azar; era el lugar predilecto de las citas de los enamorados; danzabase y reíase con entera expansión...; y a menudo acontecía que un fúnebre cortejo, con este aparato siniestro que caracterizaba los entierros de aquella apartada época, precedido de los típicos llorones vestidos con sus blancas dalmáticas salpicadas de osamentas, atravesaba una quadrille, cuya danza, apenas interrumpida por un momento, continuaba sus evoluciones con más calor y más animación que antes, sin parar mientes en la aversión natural que parecía deber desprenderse de aquel tético y singularísimo contraste.

Bien q.º no se baila ya a la vista del fúnebre recinto donde la generación conserva las reliquias de los q.º fueron; pero a las puertas de los cementerios del Padre Lachaise y de Montmartre - en estos dos muy especialmente - encuéntrase a los vendedores de coronas, a los ramilletes de ambos sexos y a las más bellas y empujorotadas floristas de Paris, que llegan a realizar, los unos por su mercadería y las otras quizá por su palmito más q.º por sus flores, enormes y casi inverosímiles ganancias.

* * *

En los primeros siglos, los cuerpos de los parisienses eran inhumados en los terrenos ocupados actualmente por el faubourg Saint-Jacques y en los alrededores de la iglesia de Santa Genoveva.

En el siglo VIII enterróse ya sobre el territorio de Champeaux. Este lugar de sepultura vino a ser lo que más tarde fue conocido típicamente por cementerio de los Inocentes.

Después, cada parroquia, cada convento tenía su cementerio. Alrededor de la iglesia enterrábase a los feligreses vulgares; dentro, tenían su sepultura los potentados o los protectores del culto.

Durante el largo transcurso de diez siglos, el cementerio de los Inocentes

- esta ciudad de los muertos, horrible y nauseabunda, surcada por todos lados de profundas fosas y sembrada de osamentas humanas - fue la necrópolis parisiense por excelencia. Necesitaron cerca de 30 años de negociaciones, de quejas, de informes, el derrumbamiento de muchas casas, la amenaza de la peste, en fin, los decretos del Parlamento, para que se decidiera, allá en 1786, la supresión de dicho cementerio, cuyas osamentas fueron definitivamente transportadas a las catacumbas.

Posteriormente vino la Revolución a proclamar la igualdad de las sepulturas. Al pobre lo mismo que al rico se le enterraba bajo la bandera tricolor de la respectiva sección. Los cementerios - esos vergurosos osarios - fueron transformados en parques, donde, según la fraseología de la época, se pudo "respirar en una flor el alma de un padre", y donde, "en medio del verdor y de las flores" hubo de elevarse la estatua del "Sueño". - De esta organización extraña resta ya bien poca cosa: el comisario de los muertos (como aquí se le llama), quien, la escarapela tricolor en el tricorpio, dirige la marcha y el buen orden en todos los entierros.

Por lo demás, resulta en París, en punto a sus cementerios, lo que resulta en tantas otras cosas de este mundo. Cada uno tiene su carácter y su fisionomía propia.

El Padre Lachaise es magistoso, pues en su construcción se han guardado y respetado las severas líneas de los jardines de Montlouis que le sirvieron de emplazamiento. En él yacen sepultos los restos de los grandes de este mundo; y en su recinto se cobijan todas las glorias francesas del presente siglo, durmiendo el último sueño en más o menos espléndidos panteones y en la igualdad niveladora de la muerte.

En más de un millar de piedras epitáficas (valga el vocablo) léense los nombres más célebres de la historia contemporánea de Francia. - La vasta necrópolis, como todos los años, ha sido visitada por inmenso gentío. El punto de vista es magnífico: de lo alto de la plataforma que rodea la capilla descúbrese casi todo París, extendido a los pies del cementerio a guisa de espléndido panorama.

El cementerio más alegre de París; casi podríamos decir el más artístico o el que encierra mayor número de artistas: he aquí el cementerio de Montmartre. La animación no es tan grande como en el Padre Lachaise. Esto se comprende fácilmente. Des de hace más de siete años, solo las personas que poseen en él panteones de familia pueden tener derecho a las iluminaciones.

El cementerio Montparnasse, construido, o, mejor dicho, trazado con una rigurosa regularidad de líneas, es tal vez de una fisionomía más bourgeoise y de un carácter mucho más triste. Tiene ciertamente un buen número de sepulturas coquetamente arregladas - la de Henri Martin, por ejemplo -; pero, en cambio; cuántas tumbas frías y austera-mente abandonadas a su triste soledad!

El cementerio de Saint-Ouen es lo que se llama un cementerio de provincia: carece de grandes monumentos ni de sepulturas elevadas a la memoria de las celebridades contemporáneas.

Muchos visitantes en el cementerio de Pantin. Este vasto campo de reposo es de todas las necrópolis de París la más moderna, y recibe en una gran parte a los fallecidos de ocho de los distritos más populosos de la capital.

Como siempre, el cementerio de Hury es el menos visitado. ¿Es tal vez a causa de la aversión que inspira por existir en él, en un rincón adosado a su recinto, el siniestro sitio donde reposan los restos de los ajusticiados? Es lo más probable.

De la primera impresión, al neojerónimo en nuestros pensamientos, dirigidos a nuestra mirada y nuestros recuerdos al otro lado de la frontera primera. Desde el momento en que nos son parte indistintamente queridos, o queridos en parte, allí en sus legañas sepulturas, aquellos de nuestros ibolabados amantes. De quienes el rigor de la muerte nos tiene hoy separados.

Un drama en tiempo

(19.)

De Catalina II.

(Novela, por el príncipe Lubomirski).

*
(Continuación)

Catalina se desprendió de los brazos de su antiguo amante, y dijo:

— Os creo, Orloff, os creo; pero hablemos de otra cosa.

— ¿De qué queréis que os hable, después de seis meses de ausencia, sino de nuestro amor, ya que hemos hablado de vuestra gloria?

— Hay un asunto que me preocupa ahora mucho más, que eso, - murmuró Catalina.

Orloff levantó la cabeza, y exclamó:

— ¿Qué ocurre? ¿V. M. experimenta algún disgusto, alguna contrariedad?...

Catalina sonrió tristemente, y preguntó:

— ¿Conocéis a la princesa Tarakanoff?

El conde plegó los labios con desden, y a los pocos segundos contestó:

— ¿A la princesa Tarakanoff...? ¡Esa aventurera que pretén - de ser hija legítima de Isabel y acusa a V. M. de haber usurpado su trono?

— De esa misma se trata, - repuso Catalina. - ¿Qué se dice de ella en Europa?

— Se ríen de sus pretensiones, de sus adoradores, del pobre Limbourg, del príncipe Radzivil que la cree encargada de una misión divina y de todos esos polacos que, de algún tiempo a esta parte, no juran más que por ella...? ¿Eso es precisamente lo que tanto preocupa a V. M.?

— Sí, Orloff; eso me disgusta de un modo singular, y me impide gozar en paz de mi triunfo.

— Haceis mal, Catalina.

— No, - replicó ésta - y voy a demostraroslo. Aun no me conocéis, Orloff...

— Señora, cuando se dispone de un poder como el vuestro...

— Precisamente por eso sufro más de lo regular. Todo parece sonreírme, y mi último enemigo se ha visto precisado a humillarse ante mí. ¡Pues, bien! No me consideraré dichosa mientras resue - ne en mis oídos el nombre de esa princesa Tarakanoff.

— ¿Qué puede hacer contra vos esa infeliz?

— Nada; pero no importa; es una nube en la purpura de mi cielo, y quiero disiparla.

La emperatriz parecía hallarse en extremo nerviosa y agitada. Gregorio Orloff estaba contrariado y hubiera querido hablar de otra cosa. Al cabo de breves instantes, murmuró en tono de mal humor:

— ¿Cómo puede temer Catalina II a una aventurera sin nombre y sin fortuna?

— ¿Pueden libertarme de ella? — preguntó de pronto la emperatriz;

Orloff no contestó.

— Ya veis que guardais silencio como los demas y que no os atreveis a luchar contra ella. ¿Por qué, pues, afectais despreciarla? Libertadme de ella, Gregorio.

— ¿Lo deseais con mucho empeño?

— Lo es, — insistió Catalina.

— El caso es — repuso el conde — que personalmente no puedo hacer nada de provecho... Esa intrigante vive en el extranjero...

— ¿Ya lo veis! — repitió la emperatriz.

Gregorio reflexionó un instante, y dijo:

— Pero mi hermano... el almirante... su centro de acción está en Italia, y...

La emperatriz interrumpió a Gregorio, exclamando:

— ¿Tenéis razón; id a buscar a nuestro hermano.

El conde salió precipitadamente en extremo satisfecho, al pensar que los Orloff iban a reconquistar el favor de su soberana.

Apenas hubo salido del gabinete, Nicolás Zavor, el favorito de Catalina, que durante la entrevista que acabamos de reseñar habia permanecido oculto detrás de unas flores, se presentó bruscamente y se arrojó a los pies de la emperatriz.

Esta le dirigió una mirada de desprecio, y le dijo:

— ¿Estabas ahí?

— Que V. M. me...

— ¿Lo has oído todo?

Nicolás balbuceó algunas palabras con objeto de disculparse.

— Habla, pues, — repuso Catalina. — ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres de mí?

— Creo haber hallado el medio de apoderarme de la princesa Karatánoff, — dijo Zavor con temblorosa voz.

— ¿En?

Catalina se echó a reír.

— ¿Y qué piensas hacer?

El joven iba a contestar, cuando se abrió la puerta, y Gregorio, acompañado de su hermano, entró en la habitación.

Al ver a Zavor a los pies de Catalina, los dos Orloff se detuvieron en el umbral.

(Se continuará)

Alas de mariposa.

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allí en el oriente
El crepúsculo, esplendente
Precursor de la mañana.

En los cálizos silvestres
De recién nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas, campesinas.

Un niño las perseguía
Y, arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.

(Chile)

"¿Qué es esto!" exclama al momento
El incauto simplecillo,
Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.

"¿De qué te asombra, mi amor"
Llama su madre querida -

"Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor?"

Ese despojo que vela
Y que a tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela."

Calló la madre amorosa;
Y él en edad tan temprana
Vio escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

D. R. Hernandez.

Miscelánea.

El gran Rossini se vengaba muchas veces de los importunos con salidas a tiempo.

Un día cierto joven compositor fué a verle con objeto de tocarle una marcha fúnebre que había escrito y dedicado a la memoria de Meyerbeer.

Rossini le hizo sentar al piano, y con una cara de víctima se dispuso a escucharle.

La pieza no tenía mérito ninguno; pero el compositor, que se creía una gloria musical del porvenir, tocó con muchísimo entusiasmo, y al concluir preguntó a Rossini:

— Maestro, ¿cuál es vuestra opinión acerca de mi composición?"

— Pues, mi opinión es que sería mucho mejor que os hubieran muerto vos, y que Meyerbeer hubiera escrito la marcha fúnebre.

Que una examen.

- ¿Por qué se llama el latín lengua muerta?
- Porque es el idioma q. usan los médicos para sus recetas.
- El candidato fué aprobado por unanimidad.

El correspondiente de París
deje autógrafo diario.

Servicio de la prensa española.

Redac.ⁿ y Admón:
17 y 19 rue Mauberge
Paris.

Año IV. - Núm. 560.

Paris 5 de Noviembre de 1835.

La situación.

Boulangier, y siempre Boulangier: he aquí la comidilla de todos los días, la sola y constante prescripción de todos los políticos. ¿Qué hemos de hacer nosotros, que no podemos inventar lo que no existe, a menos de difrazar nuestra crónica, sino seguir - bien a pesar nuestro a veces - la corriente que nos arrastra?

Que el general Boulangier está más o menos en connivencia con los monárquicos - realistas, o imperialistas - los últimos hechos han venido a evidenciarlo de una manera que no deja lugar a la más pequeña duda. Recientemente el casamiento de su hija ha servido a una fracción del partido bonapartista para demostrar hasta qué punto existían esas relaciones oficiales entre los imperialistas y el ex-ministro de la guerra. — Faltaba, empero, que el partido ^{orleanista} ~~bonapartista~~, que, por lo visto, también se disputa la satisfacción de contar al general Boulangier entre los suyos, viniese a su vez a tirar de la manta para descubrir el pastel, ese pastel que muchos creyeron presentir o adivinar con ocasión del misterioso viaje hecho por el general este último verano a no se sabe donde y con fines todavía no descifrados y que probablemente quedarán aun por algún tiempo indescifrables.

Y he aquí que de repente La Justicia viene a sorprendernos con el siguiente telegrama de Bruselas, que reproducimos in extenso para dar a nuestros lectores una idea bien completa del asunto:

" (Bruselas, 4): Sébase de origen autorizado q^º el duque de Nemours se ha trasladado uno de estos días a Sheen-House cerca del conde de Paris, para manifestarle, por última vez, la necesidad de romper abierta y resueltamente con el general Boulangier; quien, en opinión del duque de Nemours, trabaja

De más en más cada día en favor de una restauración imperialista. Perseverando por más tiempo en una tal alianza, el conde de Paris podría ocasionar la defección de un gran número de realistas, y su adhesión completa a la República."

"El conde de Paris parece que hubo de contestarle que le era imposible prescindir de los compromisos ya adquiridos en este punto; antes, al contrario, sustróse decidido a redactar muy próximamente un nuevo manifiesto para afirmar el mantenimiento de su alianza con el boulangismo."

"A consecuencia de esta entrevista, asegúrase que una importante fracción del partido realista, separándose del conde de Paris, se pondrá bajo la dirección del Duque de Aumale."

Et los datos que resultan del anterior telegrama, nosotros podemos, por cuenta propia y refiriéndonos a personas por lo común bien informadas, añadir un interesantísimo detalle. En esa misma entrevista que el Duque de Aumale ha tenido con su sobrino el conde de Paris, el primero puso ante los ojos del segundo las pruebas documentales e irrecusable de que el general Boulanger, en la época de su ministerio de la guerra, había empleado una parte de sus fondos secretos a la publicación, por entregas, de una obra altamente denigrante para la familia del pretendiente, titulada: El honor de los Orleans. - Dicha publicación, casi oficial, había sido anunciada con mucho ruido por medio de grandes anuncios coloreados, representando al príncipe de Condé colgado de uno de los torreones del castillo de Lu, y algunos otros incidentes relativos a la historia de la familia de Orleans a partir de la Revolución.

Todos estos datos, sin embargo, - datos que, como antes indicamos, nosotros sabemos por buen conducto - no han podido modificar en manera alguna los planes y pensamientos del conde de Paris; quien persiste en sostener que el Duque de Aumale cometió una gravísima imprudencia, por no decir una verdadera falta, entregando a la publicidad las cartas del general Boulanger que tanto dieron que hablar al público de Francia a raíz de la expulsión de los príncipes de Orleans cuando aquel era ministro de la guerra, añadiendo que, después de aquel suceso, que siempre ha reprobado, hubiera valido muchísimo más servirse de él que combatirlo.

Venemos a todo esto que es lo que contestan el general Boulanger y sus amigos.

Una causa célebre - Hoy comienzan en el tribunal de Assises de este departamento los Debates referentes al célebre proceso Prado, el supuesto asesino de María Aguetant, autor de tantos robos llenos de la más increíble audacia, y cuya verdadera historia salpicada, al parecer, de los hechos más inverosímiles y novelescos, constituye un objeto de predilecta curiosidad para los parisienses, que tan dados son a los romances estilo Recambole.

Este asunto, que será ciertamente clasificado entre las causas más célebres de estos últimos tiempos - superando de mucho en interés al mítico proceso de Pranzini - tanto por el crimen en sí mismo como a causa del profundo misterio en que se envuelve el acusado y de las circunstancias especiales que produjeron incidentalmente su arresto, ocupará un buen número de sesiones del tribunal, lo cual quiere decir que durante unos cuantos días, Prado y Ribb (o el conde Linska de Castillon, como él se titula) va a ser el lieroe callejero de París, cuyo gran público se disputará sin duda el insigne honor de poder ocupar un sitio en el Palacio de Justicia durante las horas de la interesante audiencia.

El número de testigos de cargo es de cincuenta y tres. Trece vienen expresamente de Madrid, siendo, por tanto, lo más probable que haya necesidad de un intérprete. - Entre dichos testigos figura D. Dolores García y Marcilla, con quien se había casado el célebre Linska, sin perjuicio de abandonar la al poco tiempo, reducida a la mayor miseria, después de haber despilfarrado toda su dote; la viuda Bourouneau, de cuya hija Prado había sido el seductor; M. Loreno, negociante en piedras preciosas, a quien Prado intentó desvalijar en cierta ocasión en París; M. y M^{me} Forget, los conocidos joyeros-relojeros robados por el acusado en Royan, y otros muchos por el estilo, cuya lista no cabría seguramente en nuestra correspondencia.

Este proceso, que forma verdadero pendant con el ya citado del célebre Pranzini - el cual, como recordarán sin duda nuestros lectores, excitó tan vivamente la curiosidad de los parisienses - ha producido en el público de esta capital, de unyo tan impresionable, una grandísima emoción. - Haremos lo posible por seguir la marcha de ese mítico proceso a partir de la primera vista que hoy tiene lugar en los Assises, y, si la cosa vale la pena, daremos conocimientos a nuestros lectores de los más importantes incidentes.

El retiro del gran Canciller. — Cuenta una correspondencia de Berlín que el conde de Moltke, hablando uno de estos últimos días con el general Peronart de Schellendorff, le dijo: "Acabo de recibir una carta de Mr. de Bismarck. En ella me anuncia que en estado de salud exige absolutamente que se retire muy pronto de los negocios, y que le es ya de todo imposible soportar por más tiempo el penoso trabajo de la Cancillería."

Este asunto parece haber sido tratado y decidido entre el emperador y el Canciller antes del último reciente viaje de Guillermo II a las Cortes de Austria e Italia. Lo más natural, el emperador, cuando llegó este caso, insistió cerca del Canciller para obtener que éste volviera sobre sus intenciones; pero, al fin, tuvo que inclinarse ante las decisiones del doctor Schveininger, quien dijo de una manera categórica que no respondía de la vida de su cliente en el caso en que éste continuara dedicándose a trabajos de cierta índole y de carácter completamente absorbente.

Es, pues, casi seguro que dentro de algunos meses, quizá dentro de algunas semanas, Mr. de Bismarck dejará su puesto de ministro de negocios extranjeros a su hijo, y llegado este momento, los demás cargos que pesan actualmente sobre el Canciller serán distribuidos a algunas personas de su completa confianza, cuya designación se susurra ya en Berlín, pero cuya elección no se ha hecho todavía de una manera definitiva.

Regreso del czar a San Petersburgo. — Según telegrafían de la capital del imperio moscovita en fecha de ayer, la entrada del emperador y de la emperatriz a San Petersburgo, después de la última catástrofe del descarrilamiento del tren imperial, ha tenido lugar en medio de un entusiasmo indescriptible en el que ha tomado parte ^{total} la población sin distinción de clases. — Las calles estaban adornadas de emblemas, escudos y banderas. Toda la ciudad estaba espléndidamente empavesada.

El Concejo municipal de Kharkoff, en cuyo territorio tuvo lugar el descarrilamiento, ha acordado erigir una capilla sobre el teatro del accidente, y ha votado con este objeto un crédito de 30.000 rublos.

Última hora: La Novoie Vremia anuncia que los judíos subditos extranjeros residentes en Varsovia han recibido orden de la policía de reparar la frontera en el plazo de veinte y ocho días.

(Códice: 070 82. No. = Fuer: 2221.50 = Resumen: 260 = v. España: 317.50)